



I.

LOS ENFERMOS DEL DOCTOR JENKINS.

De pié en las gradas de su linda casita de la calle de Lisboa, acabado de afeitar, tersa la mirada, risueño, satisfecho, tendidos por el ancho cuello de su gabán los luengos cabellos en que apunta la canicie, cuadrado de espaldas, sano y fuerte como un roble, el ilustre doctor irlandés Robert Jenkins, caballero del Medjidjie y de la real y distinguida orden de Carlos III de España, miembro de una porción de sociedades sabias ó de beneficencia, presidente-fundador de la

obra de Bethleem, Jenkins en suma, el Jenkins de las perlas *Jenkins* con base arsenical, es decir, el médico en moda del año 1864, el hombre más atareado de París, se disponía á subir á su carruaje, una mañana de uno de los últimos días del mes de noviembre, cuando se abrió una de las ventanas que en el cuarto principal daban al patio interior de la casa, y una voz de mujer preguntó tímidamente:

—¿Almorzaréis en casa, Robert?

¡Ah! ¡cómo se aniró de repente con una sonrisa de plácido, de leal cariño aquella acabada testa de apóstol y de sabio, y qué bien se adivinaba en el tierno saludo que sus ojos mandaron allá arriba al tibio peinador blanco vislumbrado detrás de las entreabiertas colgaduras, una de esas pasiones conyugales afianzadas y tranquilas que el hábito estrecha con toda la solidez y la flexibilidad de sus vínculos!

—No, señora Jenkins...

El doctor se complacía en darle de esta suerte públicamente su título de legítima esposa, cual si encontrase en ello una satisfacción íntima, algo como un descargo de conciencia para con la mujer que le hacía tan placentera la vida...

—No, esta mañana no me aguardéis. Almuerzo en la plaza Vendôme.

—¡Ah, ya!... el Nabab, contestó la bella señora Jenkins en marcado tono de respeto hacia aquel personaje de las *Mil y una noches* que era, desde hacía un mes, obligado tema de conversación en París; y luégo, tras un momento de vacilación, en voz muy queda y acento de ternura, insinuó por entre los espesos cortinajes, de manera que sólo lo oyese el doctor:

—Sobre todo no os olvidéis de lo que me habéis prometido.

Algo debía de ser bien difícil de cumplir, porque al recuerdo de semejante promesa frunció el ceño el buen apóstol, petrificóse su sonrisa, y contrajo su rostro un mohín de increíble dureza; pero fué obra sólo de un segundo. Esos semblantes de médicos en moda aprenden á disimular en la cabecera de sus opulentos pacientes. En el tono más cariñoso, más cordial, contestó mostrando una doble hilera de dientes deslumbradores:

—Se cumplirá lo que he prometido, señora Jenkins, y ahora cerrad la ventana y adentro; la bruma está bastante fresca esta mañana.

Con efecto, fresca era la bruma, pero blanca como vapor de nieve; y corrida detrás de los cristales del cupé, animaba con suaves reflejos el periódico desplegado en las manos del doctor. Allá abajo, en los barrios populosos, apretados y negros, en el París comerciante y trabajador, no se conoce esa gentil neblina matutinal que se empeza por las grandes avenidas. La actividad del despertamiento, el vaivén de los carros del mercado, de los ómnibus, de los pesados camiones de herraje traqueteante, la dejan más que de prisa rajada, deshilachada, desgarrada. Cada uno que pasa se lleva su girón correspondiente en un gabán raído, un tapa-bocas que descubre la hilaza, unos guantes burdos que no cesan de restregarse. Empapa las blusas ateridas, los waterproofs echados encima de las chupas de trabajar; fúndese en las bocanadas calientes de insomnio ó de alcohol, se cuela hacia el fondo de los estómagos vacíos, se dilata por las tiendas al abrirse, por los patios oscuros, á lo largo de las escaleras recalando paredes y balaústres, hasta por las buhardillas sin lumbre. De ahí que por la calle quede tan poca. Mas en esa porción de París espaciada y grandiosa donde moraba la clientela de Jenkins, por esos bulevares anchurosos plantados de árboles, por esos muelles desiertos, cerníase la bruma sin mancilla, en pabellones innúmeros, con vedijosidades y fluctuaciones como de algodón en rama. El conjunto era discreto, abrigado, lujoso casi, porque el sol, desperezándose poco á poco, comenzaba á difundir los suaves arreboles de su tardío albor por entre los pliegues de la bruma, la cual arrebuando desde la base hasta la cúspide los palacios en fila, semejaba blanco tul sobre estofas de grana. Era á modo de holgado cortinaje que guareciese el tardío y ligero sueño de la fortuna, cortinaje tupido á cuyo través se oían tan solamente el discreto rechinar de tal cual puerta cochera, los cazos de hoja de lata de los lecheros, el campanilleo de las burras que cruzaban al trote largo seguidas del resuello breve y jadeante del burrero, y el apagado zumbar del cupé de Jenkins que comenzaba su cotidiana gira.

Su primer alto era el palacio de Mora. Alzábase este magnífico edificio en el muelle de Orsay, junto al palacio de la Embajada española cuyas largas terrazas se extendían á continuación de las suyas, con su entrada principal en la calle de

Lille y una puerta trasera orilla del agua. El cupé se escurrió como saeta por entre dos altos muros revestidos de hiedra, unidos entre sí por imponentes arcos de bóveda, anunciado por dos golpes de un timbre vibrante que sacaron á Jenkins del éxtasis en que parecía haberle sumido la lectura de su periódico. Cesó el ruido seco, amortiguado por la arena de espaciosa plazoleta, y describiendo una elegante curva fué el coche á parar al pié de la escalinata del palacio, cobijada por la rotonda de una aficha marquesina. Á través de la bruma divisábanse hasta una docena de carruajes en fila, y á lo largo de un paseo de acacias que la estación ponía secas y descostreadas, las siluetas de palafreneros ingleses llevando del cabestro los caballos de montar del duque. En todo se veía un lujo ordenado, metódico, grandioso y seguro.

«Por mucho que madrugue, nunca falta quien madruga más que yo,» dijo para sí Jenkins al notar la fila de carruajes en que se ponía el suyo; pero, seguro de no tener que guardar turno, alta la frente, con aire de tranquila autoridad, traspuso aquellos peldaños oficiales que tantas ambiciones febriles, tantas inquietudes de inseguro andar franqueaban cada día.

Desde la antesala, elevada y sonora como un templo, y que la leña de dos grandes chimeneas, á pesar de los caloríferos encendidos día y noche, saturaba de radiante vida, sentíase llegar á tibias y mullidas bocanadas el lujo de aquella mansión. El aire participaba de la estufa y del invernadero. Calor intenso en la claridad; ensambladuras blancas, mármoles blancos, ventanas espaciosas, nada de ahogo ni de opresión, y con todo ello, un ambiente igual, á propósito para envolver alguna existencia rara, refinada y nerviosa. Jenkins sentía dilatársele el pecho á los rayos ficticios de aquella opulencia; saludaba con un «buenos días, hijos míos» al suizo empolvado, de ancho tahalí de oro, á los lacayos de calzón corto, librea oro y azul, que se ponían en pié á su paso con acatamiento; tocaba de refilón con la punta de los dedos la gran jaula de los monos llena de cabriolas y de estridentes gruñidos, y se lanzaba silbando entre dientes á la escalera de mármol claro henchida de una alfombra tupida como capa de césped, que llevaba á las habitaciones del duque. Seis meses cumplían desde que frecuentaba el palacio de Mora, y todavía el buen doctor experimentaba con la eficacia del día primero

la sensación meramente física de bienestar, de goce que le produjera el ambiente de aquella morada.

Por más de que lo fuese del primer funcionario del imperio, no había cosa alguna que recordase la administración con sus carpetas de polvorientos legajos. El duque no había consentido en aceptar sus elevadas funciones de ministro de Estado, presidente del Consejo, sino con la condición de no abandonar su vivienda; no iba al Ministerio más de una á dos horas al día para la firma, y la audiencia la daba en su dormitorio. En aquel momento, á pesar de lo intempestivo de la hora, el salón estaba lleno. Veíanse allí caras graves, ansiosas, prefectos de provincia con labio rapado y patilla administrativa, algo menos ensobrecidos que allá en sus prefecturas, magistrados de aspecto austero, gestos sobrios, diputados echándose de importantes, muñidores de la banca, industriales de alto bordo y maneras aplebeyadas, y por entre esas figuras de primera magnitud, tal cual desmembrado sustituto ó consejero de prefectura, rebosando ambición, en traje de pretendiente, frac y corbata blanca; y todos, en pié, sentados, acá formando grupo, acullá solos, agujereaban calladamente con la vista aquella alta puerta que encerraba sus destinos y por la cual habían de salir muy luégo engreídos ó cabizbajos. Jenkins atravesó rápidamente por entre la multitud, y todos seguían con envidiosa mirada á aquel recién venido á quien el ugier de servicio, correcto y glacial, sentado á una mesa al lado de la puerta, acogía con afabilidad respetuosa.

—¿Quién hay dentro?—preguntó el doctor señalando el cuarto del duque.

En voz muy queda y haciendo un guiño ligeramente irónico, el ugier balbuceó un nombre que, de haberlo oído, hubiera indignado á todos aquellos encopetados personajes que aguardaban una hora hacia á que hubiese puesto fin á su visita el sastre de la Ópera.

Un ruido de voces, un chorro de luz... Jenkins acababa de penetrar en el dormitorio del duque; para él no había antesala.

En pié, de espaldas á la chimenea, envuelto en una bata de felpa azul cuyos suaves reflejos dulcificaban la energía y la altivez de su semblante, el presidente del Consejo hacía dibujar bajo su propia dirección un disfraz de *Pierrette* que la duquesa había de vestir en su próximo sarao, y daba sus indica-

ciones con la gravedad con que hubiera dictado un proyecto de ley.

— La gorguera muy rizada, la bocamanga lisa... Buenos días, Jenkins... Voy al momento.

Jenkins saludó y dió algunos pasos por aquella inmensa pieza, cuyos ventanales, que daban á un jardín prolongado hasta el Sena, servían de marco á uno de los panoramas más bonitos de París, los puentes, las Tullerías, el Louvre, que asomaban por entre un enmarañamiento de árboles negros como trazados con tinta china en el movedizo fondo de la bruma. Una espaciosa cama muy baja, circuída de gradería, dos ó tres pequeños biombos de laca con vagos y caprichosos dorados, denotando, así como las dobles puertas y las mullidas alfombras, un exagerado temor del frío, una porción de asientos, butacas, balancines, repartidos acá y acullá en cierto desorden, todos bajos, redondeados, de formas indolentes ó voluptuosas, constituían el ajuar de aquel célebre dormitorio donde con idéntica seriedad de entonación se ventilaban los asuntos más arduos al lado de los más fútiles. En la pared, un hermoso retrato de la duquesa; en la chimenea, un busto del duque, obra de Felicia Ruys, que en la última Exposición había obtenido medalla de primera clase.

— Y bien, Jenkins, ¿qué tal va esta mañana? preguntó su Excelencia acercándose, mientras el dibujante recogía sus figurines desparramados por los sillones.

— ¿Y vos, querido duque? Ayer noche en Variedades os encontré algo pálido.

— ¡Cómo pálido! en mi vida había estado tan bien como ahora... Vuestras perlas me hacen un efecto de mil diablos... Me siento tan ágil, tan remozado... Cuando pienso que seis meses atrás era hombre al agua.

Jenkins, sin abrir boca, había apoyado su gruesa cabeza en la bata del ministro de Estado, en el sitio donde tienen el corazón la generalidad de los mortales. Auscultó un breve rato mientras el ministro seguía hablando en aquel tono perezoso, displicente, que era uno de los rasgos característicos de su distinción:

— Doctor, ¿quién era aquel que estaba con vos ayer noche, aquel morazo bronceado que se reía tan estrepitosamente en la delantera de vuestro proscenio?...

— Era el Nabab, señor duque... Ese famoso Jausoulet de quien tanto se habla estos días.

— Es raro que no se me ocurriese. Toda la sala le tenía los ojos encima. Las actrices no trabajaban más que para él... ¿Le conocéis, doctor? ¿Qué tal hombre es ese?

— Sí, le conozco... Es decir, le visito... Gracias, querido duque, estoy satisfecho. Eso marcha... Á poco de llegado de París, hará cosa de un mes, sintió el cambio de aires. Mandóme á buscar y desde entonces nos hemos hecho muy amigos... Lo único que sé de él es que tiene una fortuna colosal ganada en Túnez sirviendo al Bey, un corazón recto, un alma generosa cuyas ideas humanitarias...

— ¿En Túnez?... interrumpió el duque, de suyo poco sentimental y humanitario. Y entonces, ¿á qué viene ese nombre de Nabab?

— ¡Bah! los parisienses no paran en barras... Para ellos, venga de donde viniere, un extranjero rico es un Nabab... Por lo demás, ese tiene toda la facha del empleo, tez cobriza, ojos de brasa ardiente, y, por añadidura, una fortuna colosal de la cual, justo es decirlo, hace el uso más noble y más inteligente. Gracias á él — y aquí el doctor tomó una actitud modesta, — gracias á él he podido constituir finalmente la obra de Beethleem para la lactancia de los niños, que un periódico de esta mañana, el *Mensajero* si no me equivoco, que estaba leyendo hace un momento, apellida «la gran idea filantrópica del siglo.»

El duque dirigió una mirada distraída al periódico que le tendía Jenkins. No era él hombre que se dejase seducir por frases de relumbrón.

— Por fuerza ha de ser muy rico ese M. Jansoulet, repuso fríamente. Es comanditario del teatro de Cardailhac, paga las deudas de Monpavon, Bois-l'Héry le monta las caballerizas, el viejo Schwalbach una galería de pinturas... Todo esto quiere decir dinero.

Jenkins se echó á reir:

— ¿Qué hacerle, querido duque? Sois la pesadilla de ese pobre Nabab. Al llegar aquí con el propósito decidido de hacerse parisiense, hombre de mundo, os ha tomado por modelo en todo, y no he de disimularos que su gusto sería estudiar su modelo más de cerca.

—Ya sé, ya sé... Monpavon me ha pedido que me lo deje presentar... pero no es hora todavía, veremos... Con esas grandes fortunas que vienen de tan lejos, hay que irse con cuidado... No es que yo pretenda... Si le encontrase en sitio que no fuese aquí, en el teatro, en un salón...

—Precisamente mi señora piensa dar una pequeña fiesta el mes que viene. Si os dignaseis honrarnos...

—Con mucho gusto, querido doctor, y si vuestro Nabab está allí, no tendré inconveniente en que me sea presentado.

En aquel momento el ugiere de servicio entreabrió la puerta.

—El Sr. ministro del Interior está en el gabinete azul... Desea decir una sola palabra á V. E... El señor prefecto de policía continúa aguardando abajo, en la galería.

—Está bien, contestó el duque, voy al momento... Pero quisiera acabar con ese diablo de disfraz... Á ver, señor artista, ¿en qué quedamos sobre estos rizados? Hasta la vista, doctor... ¿Nada más que seguir con las perlas?

—Seguir con las perlas, dijo Jenkins haciendo un saludo; y partió orondo con la doble ganga que acababa de lograr de un solo tiro, el honor de recibir al duque, y el placer de hacer un favor á su querido Nabab. En la antecámara, la turba de pretendientes que encontró al paso era todavía mayor que al entrar; á los pacientes de primera hora se habían agregado otros llegados con posterioridad, otros subían las escaleras apresuradamente y demudado el color, y en el patio seguían llegando carruaje tras carruaje y alineándose en doble fila circular, con gravedad, con solemnidad, á tiempo que con no menor solemnidad y con no menor gravedad se discutía arriba el problema de los frisados de las boca-mangas.

—Al casino, dijo Jenkins á su cochero.

El cupé rodó á lo largo de los muelles, repasó los puentes, llegó á la plaza de la Concordia que presentaba ya un aspecto muy diverso del de antes. La bruma se replegaba hacia el *Garde-Meuble* y el templo griego de la Magdalena, dejando adivinar acá y acullá el blanco penacho de un surtidor, la arcada de un palacio, el remate de una estatua, los grupos de plantas de las Tullerías que se agrupaban friolentos junto á las verjas. El velo, no descorrido todavía, pero desgarrado á trechos, daba paso á fragmentos de horizonte; y por la aveni-

da que lleva al Arco de Triunfo veíanse desfilar al trote largo breaks atestados de cocheros y de chalanos, dragones de la emperatriz, largas hileras de guías de á caballo cubiertos de colorines y de pieles, alejándose de dos en dos con retintín de bocados, de espuelas, con el relinchar de los caballos descansados, á la luz todo ello de un sol aún no visible, surgiendo de la bruma, hundiéndose otra vez por masas en su seno, como fugaz visión del lujo matutinal de aquella barriada.

Jenkins se apeó en la esquina de la calle Real. De arriba abajo de la gran casa de juego los criados circulaban, sacudiendo las alfombras, oreando los salones por los cuales flotaba todavía el vaho de los cigarros y en el fondo de cuyas chimeneas deshacíanse en polvillo los montones de fina ceniza abrasada por completo, mientras encima de los tapetes verdes estremecidos todavía por las partidas de la noche anterior, ardían algunos candeleros de plata cuya llama se remontaba vertical por entre la incolora luz del día. El ruido, el vaivén cesaba al llegar al cuarto tercero en el cual tenían habitación algunos miembros del casino. Uno de ellos era el marqués de Monpavon á quien iba Jenkins á visitar.

—Cómo, ¿sois vos, doctor?... ¡Lléveos el diablo!... ¿Qué hora es?... No recibo.

—¿Ni al médico?

—Ni á nadie... Cuestión de buen tono, querido... ¡Pero, bah! no le hace, adelante. Os calentaréis los piés un minuto, interín Francis da la última mano á mi tocado.

Jenkins penetró en el dormitorio, adocenado como todos los cuartos de alquiler, y se acercó á la lumbre, en la cual estaban puestos á calentar una porción de hierros de rizar de todas dimensiones, mientras en el laboratorio vecino separado de la alcoba por una mampara argelina, el marqués de Monpavon se abandonaba á las manipulaciones de su ayuda de cámara. De aquel estrecho recinto se exhalaba un fuerte olor á patchulí, á cold-cream, á cuerno y á pelo chamuscado; y de vez en cuando, al salir Francis á cambiar el hierro, Jenkins entreveía un inmenso tocador atestado de un sin fin de diminutos enseres de marfil, de nácar y de acero, limas, tijeras, brochas y cepillos, con otros tantos frascos, botes, cosméticos, rotulados, ordenados, alineados, y, torpe y ya

temblona, una mano de anciano, afilada y huesosa, con uñas mimadas como las de un pintor japonés, que vacilaba por entre aquellos fútiles chirimbolos y aquellas porcelanas de muñeca.

Mientras se componía el rostro, operación la más larga y la más trabajosa de todas las de la mañana, Monpavon departía con el doctor, explicándole sus incomodidades y el buen efecto de las perlas, las cuales, según decía, le devolvían la juventud. Y así, de lejos, no viéndole, parecía que se oyese al duque de Mora, á tal punto había conseguido asimilarse su manera de hablar. Las mismas frases á medias, rematadas en «ps... ps... ps...», dichas entre dientes, su mismo caló que á cada punto metía baza en sus razonamientos, una especie de tartajeo aristocrático, trabajoso é indolente, á cuyo través se traslucía un profundo menosprecio del arte vulgar de la palabra. En la camarilla del duque todo el mundo se afanaba por imitar ese acento, esas entonaciones desdeñosas que querían afectar sencillez.

Jenkins, encontrando la sesión un poco larga, se levantó para despedirse.

—Con Dios, me voy... ¿Iréis á casa del Nabab?

—Sí, pienso almorzar allí, tengo que llevarle el fulano, ¿estáis?... Ya sabéis, nuestro negocio... ps... ps... ps... Si no por esto, no me vería los piés... una casa de fieras.

El irlandés, á pesar de su benevolencia, convino en que la tertulia de su amigo era algo abigarrada. Pero ¿qué hacerle? la culpa no era toda de él. Era un infeliz que llegaba á donde sabía.

—Ni sabe ni quiere, repuso Monpavon con acritud. En vez de fiar en personas experimentadas... ps... ps... ps... le engatusa el primer buscavidas que tiene á mano. ¿Pues no habéis visto qué caballos le ha endosado Bois-l'Héry? Jamelgo puro. Veinte mil francos le cuestan. Apuesto á que Bois-l'Héry se ha calzado catorce mil.

—¡Cómo!... todo un noble como él! exclamó Jenkins con la indignación del alma recta que se resiste á creer en el mal.

Monpavon prosiguió, como si no hubiese oído la exclamación de Jenkins:

—Y todo porque los caballos procedían de las caballerizas de Mora.

—Cierto que el duque trae mareado á ese buen Nabab.

Así no será poco el alegrón que va á tener cuando le diga...

El doctor se detuvo, no sabiendo cómo continuar.

—¿Cuando le digáis qué, Jenkins?

Aunque con cierta vacilación, Jenkins hubo de confesar que había obtenido de su Excelencia el permiso de presentarle su amigo Jansoulet. Apenas terminó su frase, cuando saltó del gabinete al salón un largo espectro, de rostro desmazelado, patillas y cabellos multicolores, arrebujando con entrambas manos sobre un cuello descarnado pero tieso un peinador de seda clara con motitas violáceas en que se envolvía como un dulce en su papelillo. Lo más prominente de aquella fisonomía tragicómica era una superlativa nariz envarada, pringosa del cold-cream, y una mirada vivaz, aguda, harto joven, harto limpia para los párpados lacios y rugosos que la cobijaban. Todos los enfermos de Jenkins tenían aquella especie de mirada.

Fuerte debía de ser el golpe para Monpavon cuando de aquella suerte se daba á luz, desnudo de todo prestigio. Y efectivamente, en voz alterada, lívidos los labios, se encaró briosamente con el doctor, esta vez sin ceceos y de un tirón.

—¿Conque esas tenemos, querido? Basta de farsas y mucho ojo... Nos hemos encontrado ambos con el mismo hueso que roer; quedaos enhorabuena con vuestra parte, que yo no he de permitir que hinquéis el diente en la mía.

Y el aspecto asombrado de Jenkins no le detuvo.

—Tenedlo bien presente de una vez por todas. He prometido al Nabab que le presentaría al duque, como os presenté á vos. Por consiguiente, no os metáis en lo que no os importa.

Jenkins, puesta la mano en el corazón, protestó de su inocencia. Su intención no había sido de... Al fin y al cabo, Monpavon era demasiado amigo del duque para que otro... ¿Cómo había podido suponer?...

—Yo no supongo nada, repuso el viejo prócer más sosegada pero no menos firmemente. He querido tan sólo tener con vos sobre este punto una explicación categórica.

El irlandés le tendió su ancha mano abierta.

—Mi querido marqués, las explicaciones son siempre categóricas entre personas de honor.

—¡Honor!... Es demasiada palabra para el caso, Jenkins. Digamos de buen tono... Con esta basta.